

MIRADAS RIOPLATENSES EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX:
MANUEL GÁLVEZ, VIAJERO 'ESPIRITUAL'

Franco QUINZIANO

Fascinado por España, (...) recorrí, en diversos viajes, sus más interesantes regiones; experimenté las más íntimas emociones de arte de mi vida y recogí en las viejas ciudades de Castilla múltiples enseñanzas espiritualistas.

Manuel Gálvez, *El solar de la raza*

1. Experiencia viajera e identidad nacional

Manuel Gálvez, novelista, crítico, ensayista e historiador oriundo de una familia acomodada del litoral argentino, fue uno de los escritores mayormente comprometidos con la denominada vertiente nacionalista cultural que cobijó la llamada generación del Centenario¹, instalándose, junto a su amigo Ricardo Rojas, como una figura señera en el rescate del legado cultural español y el sentimiento de orgullo de pertenecer a una misma raza y comunidad hispánicas. Su obra *El Solar de la raza*, publicada en 1913, constituye una obra emblemática en dicha perspectiva, puesto que establece una reivindicación global de la raza y cultura españolas en clave nacionalista y católica. El texto, que remite tanto al ensayo de reflexión ideológico-cultural como a las narraciones y crónicas viajeras, tan en boga en los primeros años del siglo XX, es el fruto de los dos viajes que el escritor santafesino efectuó a España en 1905 y 1910, confirmando la recíproca imbricación que se ha determinado entre el relato del viaje, concebido como búsqueda y evocación de una experiencia personal, y el ensayo como modelo y espacio privilegiado de reflexión y de debate ideológico y cultural en las primeras décadas del siglo pasado.

En efecto, *El solar de la raza* se inscribe en una tradición que se encuentra ya sólidamente asentada en la literatura del género ensayístico de aquellos años y que descansa en la definición de un espacio en cuanto depositario de determinados valores culturales y espirituales –en el caso del escritor argentino, como habrá ocasión de corroborar, la Castilla *castiza*– y en el tema del viaje como paradigma de una búsqueda personal o colectiva. Sin embargo, el texto galveciano excede el marco del tópico del viaje para adentrarse en el campo de las ideas y del pensamiento, abriendo un espacio de reflexión sobre la tan debatida cuestión de la identidad nacional y cultural. El viaje, desde esta perspectiva, se convierte en una «misión», en una «obra de evangelización» a través de la cual algunos jóvenes escritores rioplatenses pertenecientes a la corriente del nacionalismo del Centenario hallan una propia legitimidad, asimilando su función a la del grupo de escritores hispanos que en aquellos años animaban el

¹ Sobre los nacionalistas que participaron en la generación del Centenario, véanse C. Payá y E. Cárdenas (1978: 23-29 y 81-115); D. Viñas (1964: 289-297), C. Altamirano-B. Sarlo (1980) y E. Zuleta (1993).

regeneracionismo noventayochista².

La idea de nación se encuentra estrechamente vinculada a los contenidos y al modelo de Estado Nacional que se han ido delineando a lo largo de su proceso formativo. Esta fase constitutiva del Estado moderno en la América hispana, que, como es sabido, ocupó la segunda mitad del siglo XIX y que hacia finales de la centuria se encontraba prácticamente concluida, comportó una mayor complejidad en las relaciones sociedad-Estado (O. Oszlak, 1982). Frente a esta mayor complejidad, siguiendo los pasos del neoidealismo y del neoespiritualismo que había sancionado el *Ariel* rodoniano, una vertiente importante del ensayo hispanoamericano de principios del siglo XX desplazó su reflexión hacia la cuestión de la identidad nacional y cultural, eje temático recurrente en la prosa de aquellos años. En efecto, una vez consolidados los nuevos estados nacionales, en las postrimerías del siglo XIX el pensamiento iberoamericano se abocó, pues, a la definición del problema nacional: escritores e intelectuales en general se interrogan sobre la propia identidad nacional y sobre el contenido histórico-cultural que a ésta le debe ser asignada. Se buscan principios y valores que puedan trazar un itinerario de cohesión sociocultural tendiente a limitar los procesos centrífugos de dispersión que habían signado la sociedad argentina durante casi todo el siglo XIX. De ahí la urgente necesidad de establecer propiedades y principios, orientados a dotar de mayor homogeneidad una sociedad, como la argentina en los albores del novecientos, aún marcada por atributos sumamente ambiguos y heterogéneos.

La crisis finisecular de 1890 había puesto en evidencia los desequilibrios ínsitos en el modelo agro-exportador, al tiempo que había revelado el carácter dependiente de la estructura económica argentina en relación al mercado internacional, confirmando su vulnerabilidad frente a las continuas variaciones que determinaban los diversos ciclos económicos. Frente a ello no pocos escritores e intelectuales comenzaron a interrogarse acerca de los contenidos y las consecuencias que derivaban del modelo socioeconómico en cuestión. En muchos de ellos fue creciendo un profundo malestar ante la noción de *progreso indefinido*. Con ello, asimismo, se ponía en tela de juicio la imagen misma del *optimismo liberal* que habían sancionado los hombres de la generación del 80' y que había encontrado en el positivismo cientificista un valioso punto de apoyo.

Sin embargo, conviene no olvidar que tales críticas de ningún modo dieron lugar

² Gálvez es sin duda uno de los autores argentinos mayormente influenciados por el pensamiento regeneracionista español. El novelista santafesino asume como propios muchos de los contenidos y de las preocupaciones que animaron a los intelectuales de la llamada generación del '98, trazando una plena identificación con el grupo finisecular español que es instrumentalizada por el mismo escritor en clave de autopromoción y autolegitimación de la corriente nacionalista del Centenario: "El pequeño grupo que formamos ejerce aquí una misión semejante a la que tuvo en España aquella generación de ideólogos que surgió después del Desastre", (M. Gálvez, *El solar de la raza*, 1913: 12). Todas las citas provienen de esta edición y de ahora en adelante serán indicadas con la sigla SR, seguida del correspondiente número de páginas. Sobre la presencia de la tradición hispánica en Gálvez, véanse las consideraciones de M. Quijada (1985: 21-30), E. Zuleta (1995: 185-205) y F. Quinziano (2000: 258-266).

a un enfrentamiento frontal con los sectores dominantes ni con los grupos de poder que con dicho modelo se habían beneficiado, ni mucho menos implicaron un cuestionamiento a las bases sobre las que el mismo se había ido estructurando en los últimos lustros del XIX. Las objeciones en cambio manifestaban el deseo de producir una rectificación en el camino hasta entonces emprendido, en primer lugar una modificación del impulso arrollador hacia el desarrollo material que caracterizaba a la Argentina de principios de siglo³. La noción de progreso adquiere, pues, nuevos significados y se carga parcialmente de connotaciones negativas: “Desgraciadamente la electricidad y el vapor, aunque cómodos y útiles, llevan en sí un cosmopolitismo irresistible, una potencia igualatoria de pueblos, razas y costumbres”, lamentar advierte Rafael Obligado (cit. en M. Bonatti 1996: 316), mientras en Manuel Gálvez, el verdadero progreso no se identifica con la idea de prosperidad material que había decretado el liberalismo decimonónico, sino que, como argumenta en *El solar*, reside en la búsqueda y el logro de la noción de ‘perfeccionamiento ético’ (*SR* : 56).

Conviene recordar en este sentido que, en el cuadro de un *iceberg* cultural más vasto e ideológicamente más complejo, los escritores del nacionalismo pertenecientes a la llamada generación del Centenario hicieron explícita su preocupación ante el triunfo del materialismo cosmopolita que encarnaba la *nueva Babel*. Buenos Aires. La crisis en muchos de ellos, y esto resulta más que evidente en el escritor santafesino, es percibida en términos de cosmopolitismo y materialismo, como aspectos que ponen en peligro el espíritu y la tradición nacional, minando la esencia de la misma nación. El “alma nacional se halla oculta bajo una espesa capa de cosmopolitismo”, declara con preocupación Gálvez en su ensayo *El diario de Gabriel Quiroga* (1910: 55). En esta obra, uno de los textos emblemáticos del pensamiento nacionalista de inicios del siglo XX en la que se hallan esbozadas una serie de cuestiones ligadas al problema de la nacionalidad, más tarde retomadas en *El solar de la raza*, el escritor argentino sanciona la inversión de la conocida antinomia que había sancionado Sarmiento, asignando a la *civilizada* Buenos Aires el espacio de una *nueva barbarie*, al tiempo que revaloriza el interior de las provincias como ámbito en el que residen los auténticos valores de la nacionalidad.

En este nuevo recorrido que el ensayo ha comenzado a transitar y que remite a una precisa búsqueda y definición de la identidad nacional y cultural, el autor argentino precisa nuevos dualismos de oposición, tanto de carácter espacial como cultural, que en muchos casos, como acaba de señalarse, se distancian ostensiblemente de la antítesis sarmientina. En efecto, en el *El Solar de la raza* se instalan nuevas parejas de oposiciones –*cosmopolitismo/provincialismo*, *paganismo/catolicismo*, *materialismo/espiritualismo*, *exotismo/nacionalismo*– sobre las que el escritor

³ En este sentido M. Quijada (1985: 19) señala que Gálvez, testigo directo “de este notable proceso de desarrollo material que se produjo en el Litoral [argentino] al igual que sus compañeros de generación, admiraba la obra transformadora de los hombres del 80’. Por ello, cuando en los alrededores del Centenario defiende la necesidad de rectificar su impulso, rescatando las tradiciones espirituales preservadas en el interior del país, no propugnerà una contraposición beligerante entre ambas tendencias, sino una síntesis superadora (...)”.

argentino organiza su reflexión acerca de la problemática nacional. Dicha praxis comportaba la individuación de valores formativos y núcleos fundantes que debían ser asignados a la nación, revelándose asimismo como una de las formas que asumió esta revisión de las cada vez más complejas relaciones entre la sociedad y el Estado nacional.

En dicha perspectiva E. Eurasquin observa que “(...) ya en sus comienzos, la búsqueda de raíces autóctonas, lleva a algunos [escritores de principios del novecientos] a reivindicar un pasado más o menos aristocrático (...). La reivindicación de las raíces ibéricas y la crítica al liberalismo, produce en algunos una preocupación 'espiritual', que, en el caso de Gálvez, se convertirá en defensa militante del catolicismo” (1999-2000: 186). El nuevo itinerario trazado por Gálvez, de claros propósitos didácticos –«recogí en las viejas ciudades de Castilla múltiples enseñanzas espiritualistas» (SR : 18), confiesa el escritor– se aleja del viaje eminentemente *estético* y *evasivo* (admiración ante el paisaje urbano como “rinconcito estético”) que había dominado durante los últimos decenios del siglo XIX⁴. Si en la segunda mitad del Ochocientos los viajeros rioplatenses se dirigen, como en peregrinación, al corazón de Europa (París), el autor de *El solar de la raza* decide desplazarse desde la capital francesa hacia el corazón de España (Castilla), sancionando con ello un nuevo descubrimiento y reconocimiento que deben ser corroborados empíricamente y que el autor santafesino proyecta sobre el tópico de la identidad nacional y cultural. De ahí el viaje a tierras ibéricas, que en el escritor argentino actúa como búsqueda, hallazgo, verificación y confirmación de una identidad, al tiempo que el texto instala la escritura del viaje como espacio de reflexión y de redefinición de una conciencia nacional aún en gestación (F. Quinziano 2000: 254-266).

2. La ecuación *hombre/paisaje*: unidad y diversidad de los espacios hispánicos

En *El Solar de la raza* conviven dos niveles de escritura claramente delimitados: si en la primera parte, “El espiritualismo español”, predomina el registro argumentativo-expositivo, indispensable para el despliegue de las ideas-fuerza que articulan su propuesta en clave regeneracionista; en la segunda, que ocupa la mayor parte del ensayo, dedicada fundamentalmente al paisaje, a la cultura y al arte hispánicos en función de su experiencia de viajero, se impone el registro descriptivo, si bien en numerosas ocasiones éste se halla matizado con amplios comentarios y reflexiones que corroboran y amplían muchas de las ideas precedentemente esbozadas en el primer apartado. En este segundo nivel, que remite más directamente a su experiencia viajera, la escritura de Gálvez echa mano de un abanico de procedimientos estilísticos que confirman la peculiar colocación del género ensayístico como

⁴ D. Viñas incluye la experiencia viajera del novelista santafesino en la fase culminante del viaje «eminentemente estético» (1964: 62), concebido como fuga y evasión y que habían consagrado los viajeros de la generación del 80, Miguel Cané, Lucio V. López y Eduardo Wilde, entre otros. Sobre las diversas tipologías de viajeros que, en opinión de Viñas, exhibe la literatura argentina a lo largo del XIX, véanse pp. 52-69.

“estilización artística de lo didáctico [...] frontera de los dos reinos: el de la didáctica y el de la poesía [que efectúa...] incursiones del uno al otro” (E. Gómez de Baquero 1924: 141).

El escritor santafesino es un incansable andariego: apenas llega a una nueva ciudad o pueblo se lanza a vagar por sus calles. Así, sale a caminar por las "callejuelas oscuras" de la vetusta Segovia (*SR* : 93), yerra por las vías estrechas y los pasajes medievales de Toledo (*SR* : 104), deambula sin rumbo “por las callejas” de Sigüenza (*SR* : 131), confirmando con ello su firme deseo de descubrir y apropiarse inmediatamente del paisaje y del ambiente urbano que le circunda. "Era casi de madrugada. Dejé en la Fonda de la Estación mi pequeña maleta y emprendí mi vagar por las calles" (*SR* : 131), declara nuestro autor, abriendo el relato de sus primeras horas transcurridas en la ciudad de Sigüenza. Gálvez traza una descripción de la geografía espacial, cultural y espiritual de la península, atendiendo a los diversos ámbitos que ha visitado en su experiencia viajera, y que abarca gran parte del variado mosaico cultural hispánico: “la España latina” (Cataluña), “la España africana” (Andalucía), “la España Vascongada” (País vasco) y fundamentalmente “la castiza Castilla”, a la que dedica sus más amplias, emocionadas y sentidas páginas.

Gálvez, viajero y soñador impaciente, se apropia del paisaje español con el claro propósito de redescubrir el carácter de su gente, en busca de modelos y valores para su propuesta de regeneración nacional. El paisaje, de modo especial el *castizo* castellano⁵, deviene así la ocasión a través de la cual se llega a individuar un espacio en condiciones de suministrar un núcleo caracterizador de cualidades y valores que deben ser recuperados con el fin de completar el arduo itinerario que lleva a la formación de una nueva nacionalidad (F. Quinziano 1998: 103-107). El paisaje, pues, se confirma simultáneamente como espacio y escritura de la reflexión: se trata de asimilar y penetrar el espíritu de los lugares visitados para penetrar el alma y el carácter de los hombres que la habitan. En dicha perspectiva, siguiendo las huellas de los autores del '98, Gálvez traza de este modo una nítida identificación *hombre/paisaje*⁶, puesto que, nos dice el escritor santafesino, “los paisajes y los hombres presentan una singular semejanza” (*SR* : 69). Así, por ejemplo, al describir las breves horas transcurridas en el pueblo vasco de Lequeitio, el autor argentino recuerda que:

En el puerto se balanceaban pequeñas barcas solitarias y sobre el muelle había tendida una inmensa red. No falta el inevitable fondo de montaña y hay también una plaza con grandes árboles en hileras y una iglesia tosca y grave que

⁵ Sobre el valor semántico asignado a los conceptos esenciales de *castizo* y *casticismo* por los escritores del regeneracionismo hispánico, véase M. de Unamuno, *En torno al casticismo* (1986: 19-20).

⁶ La ecuación *hombre/paisaje* se encuentra ya debidamente planteada en la obra de Miguel de Unamuno, a partir del segundo de los cinco ensayos que componen su aludida obra capital *En torno al casticismo* (1986, 95 y ss.). Sobre la descripción del paisaje como eje temático en el grupo finisecular hispánico, siguen siendo aún de actualidad las páginas que P. Laín Entralgo dedicó a este aspecto crucial (1967: 15-29 y 194-208).

estiliza el paisaje. *Los hombres*, todos solemnes, de facciones pronunciadas y duras, *tienen cierto aspecto teatral que coincide con el cuadro*’ (SR : 250; el subrayado es nuestro).

Esta compenetración entre el paisaje y la gente que lo habita, como es bien sabido, es tributaria del naturalismo positivista. Sin embargo, mientras en Emile Zola y la mayoría de los naturalistas prima una visión objetiva en la que la tierra se identifica ante todo con el ‘ambiente’ y el ‘medio’, en los noventayochistas, quienes cumplen un auténtico retorno a la tierra, ésta deviene sobre todo, siguiendo las palabras de Miguel de Unamuno, “paisaje en, por y para el hombre” (cit. en Laín Entralgo: 195). Es con este segundo modo de traducir el paisaje, “más virgiliano” como ha declarado el mismo escritor vasco, y en el que el poeta privilegia la nota emotiva y sus propios sentimientos, que se solidariza nuestro autor⁷. Su sensibilidad como paisajista, no cabe duda, se aproxima a esta última visión que habían hecho suya los componentes del grupo finisecular español. Del mismo modo no creemos equivocarnos al afirmar que Gálvez parece haber asimilado plenamente la lección de Enrique Gómez Carrillo, ejemplo notable del nuevo escritor-cronista que ha ido difundándose en las letras hispanoamericanas a principios de siglo, en concomitancia con el proceso de profesionalización de la literatura. El escritor guatemalteco aconsejaba echar mano en la escritura viajera al doble enfoque, el estético y el subjetivo, sugiriendo la necesidad de que el escritor manifestase en sus descripciones sus íntimas emociones y “las sensaciones de su alma” (cit. en J. Olivio Jiménez 1987, II: 547). En dicha perspectiva, el viajero, pues, debía manifestar sus propias sensaciones y sus íntimas emociones: esta personal y poética reelaboración del paisaje español que trasunta de *El solar de la raza* confirman en el escritor argentino su profunda sensibilidad en la descripción e interpretación del paisaje, siendo por lo demás éste uno de los rasgos más significativos de su vasta obra narrativa, tanto por lo que atañe a los ambientes rurales y provincianos como a los urbanos.

Acertadas imágenes y un logrado lirismo, en el que el autor actualiza el pasado a través de un articulado juego de antítesis y de sinécdoques, acompañan su descripción y reflexión de la tierra española. En esta evidente *voluntad de estilo* que domina la obra cumplen un rol no secundario las precisas referencias literarias, entre las que destacan las que evocan el éxtasis místico “de la noche oscura del alma” y la “llama de amor viva”, privativas de la poesía sanjuanista, y que corrobora el mensaje en clave neoespiritualista que se deriva del texto galveciano. Estos ejemplos de intertextualidad en el autor argentino articulan su visible intento por representar la íntima comunión que se ha instalado entre Ávila, emblema del misticismo hispánico, y sus poetas más representativos; entre la ciudad castellana y su personaje símbolo, Santa Teresa,

⁷ Se recuerda que esta personal reelaboración poética del paisaje en Gálvez se encuentra ya presente también en su primer libro de poemas. Sendero de humildad, publicado en 1909 y en el que precisamente se destaca la nota emotiva frente al paisaje argentino de las provincias del interior. Sobre la relación epistolar que Gálvez mantuvo con el célebre escritor bilbaíno, se remite al estudio de M. García Blanco (1964: 31-52).

–“conocer Ávila es conocer a Santa Teresa” (SR : 150), subraya el escritor santafesino–, fundidos ambos en una eterna espiritualidad.

Desde esta perspectiva sumamente importante resultan las evocaciones de las ciudades hispanas, la cuales le revelan al viajero el carácter y el espíritu de los habitantes. Consciente de que “cada pueblo se construye sus viviendas, y las transforma en arte, según su imagen y semejanza”, el joven escritor nos advierte que “la sensación de una ciudad nos revela, con más profundidad que los documentos y los libros, el grado de influencia fundamental que en ella ejercieron los pueblos que la habitaron o dominaron” (SR : 181). De este modo Gálvez establece un claro sistema de continuas identificaciones y sustituciones *ciudad-monumento* y *ciudad-personaje*, basado en las relaciones de contigüidad y de proximidad, y en el texto fundamentado en las relaciones entre el todo y sus partes. Los binomios *Toledo/Catedral*, *Salamanca/Universidad*, *Ávila/Santa Teresa* y *Azpéitia/San Ignacio de Loyola* constituyen tan sólo algunos ejemplos significativos de este articulado juego de tropos a través del cual el autor se propone actualizar el pasado (F. Quinziano 1998: 102-103).

2.1. La España andaluza: las ‘débiles’ sombras de Taric

Los paisajes y los escenarios humanos que se despliegan a lo largo de su experiencia viajera constituyen también ‘disparadores’ temáticos a través de los cuales el ensayista va enhebrando las ideas-fuerza que articulan el texto. Así por ejemplo, al evocar su paso por tierras andaluzas y describir las ciudades y los monumentos históricos y artísticos por él visitados, el autor insiste en distanciar la cultura y los diversos aspectos que organizan la vida cotidiana de los andaluces del de sus antiguos dominadores, desconociendo con ello de modo intencional el rol clave que a la secular presencia musulmana le había correspondido en el decurso histórico de España, y rebajando la incidencia, no por cierto irrelevante, que la misma había desempeñado en la configuración del humus cultural de la península.

Según Gálvez, la dominación musulmana no había influido “casi para nada, sino indirectamente, en la formación definitiva del alma española” (SR : 177). Al referirse a una de las ciudades más estrechamente vinculadas a la cultura árabe y más directamente influenciada por ella, como es Sevilla, y al describir sus monumentos más significativos, Gálvez diluye las innegables huellas musulmanas reconocibles en la capital andaluza, ya sea subestimando su valor artístico, por ejemplo la originalidad del viejo Alcázar sevillano, ya sea olvidando toda referencia a determinados monumentos y expresiones representativos del arte hispanomusulmán, como la Giralda, erigida por los almohades en el siglo XII, símbolo de la ciudad bética y cuya imponente presencia no hacía más que corroborar el influjo y la importante presencia que había alcanzado el arte semítico en la ciudad del Guadalquivir; algo que el santafesino en cambio no se halla propenso a reconocer, empeñándose por el contrario en diluirla y o directamente negarla, concibiendo dichas huellas el escritor como expresiones ‘exóticas’ y en todo caso alejadas del ‘carácter hispano’ (SR : 196) que le revela el arte peninsular. Al mismo tiempo el texto acentúa los rasgos hispano-latinos y el fondo romano reconocibles en Sevilla, deteniéndose el autor en la religiosidad y en la

profunda espiritualidad que emana la ciudad andaluza (Semana Santa, espiritualismo y valores estéticos en el arte religioso, etc.)⁸, atrapando el alma y la sensibilidad del viajero. Gálvez subraya de este modo los elementos privativos que la separan de la cultura árabe, al tiempo que niega la presencia de componentes procedentes del patrimonio semítico que aún perviven tanto en las tradiciones –despachados en sus apreciaciones como “meros detalles” (*SR* : 192, nota 1)– como en varios aspectos de la vida cotidiana y en el espíritu de sus habitantes y que alude al rico y sincrético humus cultural que ostenta la ciudad del Guadalquivir.

La operación que delata esta estrategia en la escritura galveciana es innegable: se halla orientada a despojar las ciudades andaluzas de sus específicos referentes árabes, subestimándolos –como en el caso de Granada– o directamente negando –como se desprende de su descripción de Sevilla– toda huella semítica. Al mismo tiempo, en sus reflexiones y en sus comentarios, no exentos de forzadas e injustas apreciaciones, el joven novelista rebaja o incluso niega directamente toda huella árabe en el campo de las letras, las artes y la arquitectura. Su conclusión, errónea y a decir verdad forzada, es que la península ibérica, crisol de razas y mosaico cultural, a lo largo de su recorrido histórico no había asimilado nada valioso procedente de los antiguos dominadores, cuya cultura, por el contrario, en su opinión se hallaba “muy lejos de nosotros” (*SR* : 197), puesto que la “raza hispana era demasiado vigorosa” y “ya estaba definitivamente formada” (*SR* : 196) cuando Taric atravesó el estrecho invadiendo la península. Gálvez opina que “los invasores, lejos de modificar el espíritu de los españoles, fueron modificados por España” (*SR* : 195), negándoles vetas de originalidad en el plano del arte y de la arquitectura, mientras que en campo literario, contrariamente a los españoles –asevera el viajero– los árabes habían cultivado tan sólo la poesía lírica, mientras carecieron de teatro y novela (*SR* : 188-192). En la definición de esta actitud, que revela cierta incompreensión hacia el legado que había dejado la cultura árabe en la configuración de la moderna sociedad hispana, de modo especial en ámbito andaluz, y que en su opinión no hacían más que confirmar la ‘débil’ “sombra de Taric” en la península, actúan sin duda sus prejuicios religiosos, como por otro lado, aunque parcialmente, llega a confesar el mismo autor al evocar sus impresiones

⁸ Es interesante observar las diferencias de perspectivas que se trasluce del relato dedicado a la Semana Santa sevillana que efectúa Gálvez y el que dejó estampado Roberto Arlt en sus *Aguafuertes españolas*, publicado algunos decenios más tarde. Si para Gálvez la descripción del popular evento religioso constituye una oportunidad más para insistir sobre el componente hispano-latino, la carga religiosa del pueblo español y la vena espiritual del arte hispano (Montañés y Valdés Leal), por el contrario los apuntes viajeros del gran escritor porteño, agudo observador y viajero perspicaz, trazan un relato soberbio centrado en el variado componente humano que desfila ante sus ojos atentos y que ocupa los diversos espacios ciudadanos. A diferencia de Gálvez, Arlt alude en más ocasiones a la huella arábica que permea la cultura y la vida cotidiana andaluza; cfr. “Semana Santa en Sevilla”, en R. Arlt (1971: 44-64). Sobre la percepción del arte y la arquitectura españolas en Gálvez, remito a mi estudio (Quinziano 2001: 346-353), mientras para una aproximación al aspecto religioso en su obra véase E. Turner (1963: 519-523).

granadinas (*SR* : 213)⁹.

2.2. La España catalana: los atributos de la latinidad

Si para Gálvez en campo artístico los árabes no habían “creado nada”, anotando con cierto tono xenófobo que “ni árabes ni moros serán jamás artistas” (*SR*: 210), el arte español por excelencia es el románico, expresión de la profunda espiritualidad y religiosidad que caracteriza la cultura hispana (F. Quinziano 2001: 348-350), mientras que culturalmente la península se halla fuertemente marcada por su componente hispano-latino. La noción de latinidad en *El solar de la raza* remite a los componentes hispánicos, entre los que la lengua y la religión católica se confirman como elementos constitutivos primordiales, siguiendo un itinerario de continuidades en el que lo latino se halla reelaborado y “mediatizado” por la cultura hispánica. En Gálvez el componente hispánico “interfiere” de modo constante sobre la noción de latinidad. El texto establece en este sentido una sucesión de intercambios y alternancias que revelan la declarada ambición del autor por integrar lo latino en una nueva síntesis superadora que acabará proyectando en la Argentina, erigida en nueva tierra predestinada (F. Quinziano 2002).

El escritor santafesino se propone reelaborar los atributos que configuran la latinidad, manipulándolos en función de su modelo regeneracionista. Gálvez despoja lo latino de sus elementos “paganos” y, al mismo tiempo, le asigna un fuerte contenido espiritualista y místico que encuentra sus fuentes en la noción de “hispanidad”. No es ocioso recordar a tal propósito que Gálvez vertebra su reflexión sobre el tema de la identidad nacional a través de una serie de nuevas parejas de oposición, entre las que destaca el dualismo *latinismo/sajonismo*¹⁰. En este recorrido, siguiendo las huellas del neoidealismo rodoniano que puso de relieve la voluntad de afirmar el ser latinoamericano apoyándose en la tradición clásica, en oposición al materialismo anglosajón, el escritor santafesino formula un nuevo proyecto *panlatinista*, centrado en los atributos hispánicos como aspecto relevante para la definición de su modelo regeneracionista (M. Quijada 1985: 21-30).

⁹ Al recordar su visita a la Alhambra, que ha dejado en el viajero un sentimiento de desilusión y en el que tan sólo el Patio de los Leones despierta su interés y admiración (*SR*: 210), rescata la ‘otra’ Granada, de raíz cristiana e hispano-latina. Gálvez apunta que “inferiores a mis esperanzas los restos de su esplendor musulmán, -que tal vez yo no lograra sentir por mi conformación espiritual cristiana-, indagué en las entrañas mismas de la ciudad la existencia de otra Granada”, que el autor define “castiza y cristiana, de belleza profunda y emotiva”, y que para él encuentra su mayor expresión en la Capilla de los Reyes Católicos y en la obra artística de Alonso de Cano (*SR*:213; el subrayado es mío).

¹⁰ La conocida oposición latinismo/sajonismo, como es notorio, comenzó a delinearse ya en la segunda mitad del siglo XIX, al calor de la política hegemónica de Napoleón III. Bajo dicha fase fue acuñada la expresión “América Latina”, pudiendo reconocerse en los escritos de Michel Chevalier y en los planteos esbozados en la *Revue des Races* (1857-1861) los antecedentes mayormente determinantes de esta nueva dualidad a la que aludimos. Ahora bien, la nueva relación de amistad y solidaridad que se ha establecido entre España y la América ibérica a finales del siglo XIX fue modificando y cargando de nuevos significados dicha antinomia.

El *Desastre* de 1898 y los primeros síntomas de la crisis del “optimismo liberal” comportaron en el ámbito de la América hispana una global reivindicación de la raza latina, y en el caso de Gálvez la hispano-latina, en oposición al materialismo anglosajón. Si el positivismo liberal decimonónico había explicado la “debilidad” e “inferioridad” de las jóvenes naciones hispanoamericanas, herederas de la raza latina e hispánica, a partir de su origen racial, Rodó declara en cambio que “(...) los americanos latinos [tenemos] una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, (...)” (cit. en J. L. Abellán 1972: 95). Al igual que el escritor uruguayo, en Gálvez puede reconocerse una común valorización de la cultura latina y de la Europa cristiana. Sin embargo, mientras en el autor de *Ariel* se percibe una decidida defensa de las grandes culturas y civilizaciones mediterráneas de la Antigüedad, en la que descuella la Grecia clásica como modelo a imitar, en el escritor argentino la noción de latinidad parece identificarse casi *exclusivamente* con lo hispano-latino (F. Quinziano 2002: 89-92) .

La idea de latinidad en el autor rioplatense descansa fundamentalmente, pues, en el concepto de “comunidad de raza hispana”:

(...) latino es nuestro espíritu y nuestra cultura. Pero dentro de la latinidad somos y seremos eternamente de la casta española (*SR* : 62).

“Latinidad” e “hispanidad” constituyen en Gálvez dos conceptos convergentes e inseparables: “España [es] el más personal y original de los países latinos” (*SR* : 165), sostiene el autor con evidente acento laudatorio. Según el escritor el corazón de la España latina reside fundamentalmente en la cultura catalana. Si el ámbito castellano, núcleo de la nacionalidad hispánica, “al acentuar hasta la exacerbación su carácter (...) personalísimo, al agravarse de casticismo, (...) se ha deslatinizado” (*SR* : 163-164), contrariamente Barcelona, “poco sujeta a la influencia de Castilla” (*SR* : 166) y en función de los intensos contactos que a lo largo de su historia había instaurado con las culturas del mediterráneo, “(...) debe ser considerada como la ciudad latina por excelencia” (*SR* : 167). La vitalidad de la capital catalana al mismo tiempo ‘española’ y ‘mediterránea’, evoca en el novelista santafesino “ciertas ciudades italianas y francesas” (*SR* : 166). Tales semejanzas, nos dice el escritor argentino, de ningún modo “implican ausencia de carácter propio”; por el contrario, ellas “sólo prueban la existencia de influencias admirables que no han hecho sino conservar y afirmar el espíritu latino de esta ciudad” (*SR* : 167).

Al igual que Bilbao, la ciudad mediterránea es suscitadora de energías y a los ojos del viajero exhibe su laboriosidad y su fondo latino. Al mismo tiempo –a diferencia del paisaje humano que le revela la ciudad vasca–, hace ostensible la vitalidad y el placer de vivir de sus habitantes, ofreciéndole al visitante “una eficaz lección de optimismo”, basada en la “convivencia del trabajo, del arte y del idealismo” (*SR* : 169). En la escritura galveciana Barcelona se erige, pues, en símbolo de un latinismo moderno, “esencialmente mediterráneo”, en el que “(...) músicas melodiosas, elegancia, discreto paganismo, efusividad, gracia, generosidad [y] optimismo” (*SR* : 164) revelan

algunas de las notas distintivas que definen su esencia latina e impulsan su estrecha comunión con las demás culturas europeas occidentales¹¹.

2.3. La España vascongada: pujanza, laboriosidad y prosperidad

Si Cataluña es la expresión del ‘genio latino’ que aún pervive en la cultura hispánica, actuando como foco promotor de nuevas energías, la pujanza y la prosperidad que exhiben los vascos constituyen la base sobre la cual España podrá edificar un porvenir de progreso. La liberación de energías de la España vascongada durante los últimos decenios del siglo XIX es para Gálvez es un “tesoro” que debe ser preservado y cultivado. El joven viajero corrobora en su itinerario el notable progreso material y el desarrollo industrial que exhiben las ciudades vascas, atestiguando que “hay ciertos trayectos ferrocarrileros en que el tren va entre fábricas”. Gálvez resalta la prosperidad que le revelan estas comarcas, deteniéndose en la vitalidad de Bilbao, “ciudad del hierro” y expresión de “la mayor intensidad de trabajo” (*SR* : 242) de los habitantes de la comunidad vasca. De este modo, al evocar el paisaje urbano bilbaíno, Gálvez puede atestiguar la laboriosidad y el progreso que desfila ante sus ojos, al corroborar asombrado la vigorosa presencia de

“Las gruesas chimeneas; los grandes buques que cargan el mineral de hierro; el humo que ensucia las casas y el aire, y que, a la noche, (...) finge colosal de llamas de un rojo sordo; el estrépito diario y el silencio en la noche (...) son cosas todas que muestran el hervor de fuerte y rudo trabajo en la burguesa capital de Vizcaya” (*SR* : 242-243).

Ahora bien, si la España vascongada, suscitadora –junto con la Cataluña mediterránea- de energías orientadas a infundir nueva savia y nuevo aliento a la península, constituye, un modelo ejemplar de trabajo y de esfuerzo constante, al evocar algunos paisajes de las comarcas vascas y navarras, de modo especial los de ámbito rural, éstos se le revelan en cambio escasamente sugerentes, incapaces de despertar el interés y la emoción del viajero. Gálvez se refiere a ellos como “paisajes banales que no sugieren ni emocionan” (*SR* : 249), como el que le brinda Lequeitio, pueblo marítimo a orillas del Cantábrico, donde “las mujeres que aguardan a los pescadores acuerdan sus angustias formando, en las viviendas miserables, como un inmenso y silencioso coro trágico” (*SR* : 250). Ante sus ojos los paisajes de las regiones vascas y navarras, aunque con excepciones –como por ejemplo el ‘delicioso’ pueblo pesquero de Ondárroa, que “conserva íntegro el espíritu de Vasconia” (*SR* : 251), o Azpéitia, donde el escritor siente “vagar el alma de Iñigo de Loyola” (*SR* : 271) –, se hallan en su mayoría carentes “de carácter”¹², siendo insensibles a los sentidos y a las emociones que puede suscitar el alma del viajero.

¹¹ Véase al respecto mi artículo (Quinziano 2002: 90-92).

¹² Gálvez opina que ‘el carácter’ en el país vasco “reside en los pueblos, en los tipos humanos y en las costumbres tradicionales” (*SR*: 249).

Hemos ya apuntado antes que el ensayista santafesino transforma el viaje eminentemente *estético* de fines del siglo XIX en un recorrido fundamentalmente *didáctico* con contenidos estéticos. Bajo estas lentes la experiencia viajera del joven novelista no hace más que corroborar la pujanza y el carácter pionero de los habitantes de estas comarcas, cuya importante presencia en tierras de América es por él considerada como uno de los motores principales del crecimiento económico y del progreso cultural y científico que, en aquellos decenios a caballo de dos siglos, se ha adueñado de la Argentina. El joven novelista evoca la gesta de los inmigrantes vascos, quienes a partir de la segunda mitad del Ochocientos habían abandonado la vieja Euzkadi en busca de fortuna en el Río de la Plata, cambiando la estrechez verde de los valles cantábricos por la gris estrechez de los suburbios de extramuros de la gran urbe porteña, Buenos Aires, e infundiendo ímpetu y laboriosidad a la joven nación sudamericana¹³.

No deja de ser sugestivo el constante desplazamiento espacial que establece la escritura del novelista santafesino, quien en sus reflexiones, desde el espacio geográfico y humano español, se transporta al ámbito riopletense, para regresar luego nuevamente a los espacios ibéricos. Bajo este mirador, las páginas dedicadas a la España vasca y navarra constituyen un ejemplo emblemático de las finalidades didácticas que guían su experiencia viajera. A través de un claro itinerario de continuidades y transposiciones que permea sus descripciones y apuntes de la tierra hispánica, Gálvez les asigna a los vascos un rol clave en la formación de la naciente nacionalidad argentina, atribuyéndoles la condición de ser “los fundadores de la energía” rioplatense (*SR* : 257). Del mismo modo, el autor no pierde ocasión de evocar en más oportunidades la corriente de simpatía hacia la Argentina que a su paso los pobladores de estas sufridas tierras le manifiestan, convertida en segunda patria para muchos de los que habían decidido emigrar a tierras americanas en busca de mejores condiciones de vida material. El escritor rioplatense asevera que en sus recorridos por los pueblos de Euzkadi y de Navarra, “en las fondas, en las diversas diligencias, en las

¹³ Como resultado de las activas políticas que la Argentina puso en práctica para atraer inmigrantes europeos, debe recordarse que hacia mediados del siglo XIX comienzan a arribar al Río de la Plata las primeras oleadas masivas de inmigrantes vascos, quienes se incorporan en su gran mayoría a los trabajos escasamente remunerados de los saladeros, antecedentes inmediatos de lo que luego serían los frigoríficos, ubicados en los barrios porteños de la Boca y Barracas. Sin embargo, ya a partir de 1848, pero de modo más consistente desde 1860, y con el fin de escapar a los tremendos estragos que estaba provocando la fiebre amarilla en los barrios sureños de la ciudad, varias familias vascas deciden instalarse en la zona del delta del Paraná, más específicamente en el arroyo Carabelas, donde se dedicaron a las más diversas labores agrícolas (sembraron trigo y alubias, plantaron los primeros álamos, vendieron sus productos en el Mercado del Puerto nuevo de San Fernando), al corte de leñas y a las actividades ganaderas (animales de granja, vacunos y cerdos). A partir de 1880 y hasta 1910, es posible reconocer la fase de mayor intensidad por lo que concierne al flujo inmigratorio al Río de la Plata. Sobre la inmigración vasca a Argentina existe una nutrida bibliografía; por razones de espacio remitimos al reciente estudio de O. Álvarez Gila, publicado en el número 16 de esta revista (2004: 81-82), y de cuyas notas es posible recabar una amplia bibliografía sobre el tema.

calles en los caminos”, no eran pocos los habitantes “que nos hablaban de la Argentina”, quienes le recordaban que “unos tenían allí sus hijos [y] otros sus hermanos” (SR : 268).

En esta nueva asociación *País Vasco/Argentina*, en la que la joven nación hispanoamericana se instala como espacio hereditario del progreso y la laboriosidad que identifica a los vascos, Gálvez establece un nuevo binomio *heroísmo/hospitalidad*. El viajero recuerda al lector que sus habitantes habían abandonado todo “por el incierto porvenir lejano que desconocen”. Como expresión del acusado optimismo que dominaba los ambientes intelectuales de la Argentina del Centenario, pone de relieve que la nación rioplatense, consciente de “la virtud del heroísmo” que caracterizaba la epopeya vasca había sabido “recompensarles sus corajes” (SR : 268), para concluir que en su país “el número de los apellidos vascos es incalculable”, aduciendo que “casi no hay en este país [Argentina] hombre descollante –sea en la política, en el arte, en las letras, en la fortuna, en la ciencia–, que no lleve en su sangre algo de vasco” (SR : 257).

De estas reflexiones emerge de modo evidente su admiración hacia el pueblo y hacia la cultura de Euzkadi, confesando “la honda simpatía” que siente hacia “su historia, sus leyendas, sus instituciones, su espíritu [y] sus costumbres” (SR : 235). Ello no impide empero que, celoso de la unidad peninsular, orientado a diluir las diferencias regionales existentes, Gálvez, partidario destacado de la corriente nacionalista e hispanófila, acabe alertando con fuerza sobre el aislamiento dañino y el “fanatismo étnico” (SR : 245) que él percibe en vastos sectores de la comunidad vasca, denunciando así toda su preocupación ante las tendencias centrífugas que se hallaban latentes en la península.

3. La España *castiza*: de la ‘eterna’ vejez de Castilla a la Argentina soñada

Ahora bien, sin desmerecer la importancia que el texto asigna a los espacios geográficos y culturales recientemente aludidos, el mayor interés y la más fuerte carga intencional del autor argentino se hallan volcados a la descripción de la *castiza* Castilla, reflexionando ampliamente sobre su paisaje, sus ciudades, su historia y la gente que lo habita. En efecto, el alma y el núcleo de la nacionalidad hispánica en su opinión residen en la tierra castellana, corazón de “la España *castiza*”, por él concebida como “la comarca más original de Europa por sus formas, por su color, por su flora, por el hombre que la habita” (SR: 78-79). Gálvez se propone descubrir y verificar los atributos de la tierra castellana como germen de la nacionalidad e identidad hispánicas y a dicho fin se hallan dirigidos tanto sus descripciones paisajísticas como los comentarios y las reflexiones que éstas suscitan, por ser Castilla quien vertebra su ‘Argentina soñada’ y su proyecto regeneracionista (F. Quinziano 1998: 102-107).

Del mismo modo que los escritores del 98’, Gálvez se detiene principalmente en el paisaje geográfico y humano de las anchas y desoladas tierras de Castilla: si los panoramas vascongados, “carecen de carácter” y “son paisajes banales que ni sugieren ni emocionan” (SR : 249) al viajero a su paso, el *castizo* castellano, suscitador de emociones y sugerencias infinitas, encierra por el contrario para el viajero argentino el espíritu eterno de la raza hispánica: “(...) si se quiere comprender lo eterno de la raza,

advierte el autor, hay que penetrar en el espíritu del paisaje castellano” (SR : 79). Al evocar sus horas en Segovia explica que la ciudad castellana “fascina al artista con un prestigio muy alto y raro como es el de conservar, en medio de una época cosmopolita y renovadora (...) la belleza de su vejez” (SR : 87). En sus notas evocadoras del paisaje castellano asoma la vena pesimista y escéptica –“escepticismo amargo y violento” (SR : 76), advierte Gálvez– que acomunó a los componentes del regeneracionismo peninsular:

“Aquí todo es silencio y soledad. Se diría que los habitantes de estos lugarones, hartos de hambre y de pesimismo, se han encerrado en sus casas para esperar a la muerte; y (...) parecen suplicar (...) un poco de compasión y un poco de esperanza” (SR : 75),

confiesa el escritor argentino, al evocar los pueblos castellanos, trazando una visión que en cierto modo recuerda la descripción de la Alcolea barojiana que domina en *El árbol de la ciencia*¹⁴.

En Gálvez empero no sólo la tierra castellana, sino también su arquitectura y sus monumentos logran revelarnos el carácter de los habitantes:

“La catedral de Sigüenza nos enseña cómo eran los españoles de entonces, como vivían, cómo sentían, como creían, cómo morían” (SR : 135).

En Gálvez se divisa el regreso al terruño que habían sancionado los noventayochistas como elemento básico de la anhelada y soñada España. Del mismo modo que ellos, en nuestro escritor el 'sueño eterno' de España radica en la emoción que emana del sentimiento de la tierra castellana, principalmente en la espiritualidad que le provocan y en la belleza interior que le sugieren sus ciudades seculares.

La obra, anota el mismo Gálvez, se propone afirmar y “propagar ideas y sen-

¹⁴ “El pueblo [de Alcolea del Campo...] no tenía el menor sentido social; las familias se metían en sus casas, como trogloditas en su cueva. No había solidaridad; nadie sabía ni podía utilizar la fuerza de la asociación (...). Por falta de instinto colectivo el pueblo se había arruinado (...). El pueblo aceptó la ruina con resignación”; escribe Pío Baroja en *El árbol de la ciencia* (1993, 9ª ed.: 211-2). Se recuerda que la novela de Pío Baroja, a quien Gálvez considera “uno de los más grandes novelistas de Europa” (SR: 242), fue publicada en 1911, por tanto dos años antes que *El solar de la raza*. Esta semejanza entre ambos autores, que esconde un claro propósito de regeneración moral, de ningún modo implica una identificación en el plano de las ideas y el pensamiento. Se precisa que el gran novelista vasco, a diferencia de nuestro autor, asigna a la religión católica un rol no secundario en la identificación de la situación de apatía y nula renovación que caracterizó la España de la Restauración y que Baroja proyecta metafóricamente a su Alcolea: “Muchas veces a Hurtado le parecía Alcolea una ciudad en estado de sitio. El sitiador era la moral, la moral católica”; *El árbol de la ciencia* (1993: 212).

timientos espiritualistas” (SR : 17). Bajo este mirador, la descripción del paisaje y ambiente castellanos reactualiza el pasado, al tiempo que las ciudades seculares, “donde duerme el alma de la raza” (SR : 284), confirman esta íntima compenetración que se ha establecido entre las emociones estéticas y las espirituales que hacen “(...) revivir en el lector las sensaciones de idealismo (...)” (SR : 17). Para el joven escritor las ciudades, la arquitectura y los paisajes constituyen “hogares para el alma” (SR : 206) y por tanto susceptibles de promover la reacción emotiva del viajero sensible. La eterna vejez de Segovia, el dolor de Toledo, la espiritualidad de Salamanca y el misticismo de Ávila constituyen una invitación al placer íntimo y al sueño eterno. Este “arte hecho piedra” (SR : 129), que en el escritor argentino actúa como fuente de espiritualidad, se erige en refugio para los “soñadores incurables” (SR : 100). Catedrales, iglesias románicas y góticas, torres medievales, fuentes, murallas y callejas infunden en el viajero Gálvez ideales de espiritualidad en oposición al materialismo y al utilitarismo contemporáneos (F. Quinziano 2001: 346-347): “las tierras de Castilla muestran al viajero (...) la superioridad de las inquietudes del espíritu sobre las fértiles preocupaciones del bienestar y del progreso (...)” (SR : 86), al tiempo que la plateresca Salamanca, generadora de ideas y de sentimientos espiritualistas y generadora de sueños de eternidad, se convierte, a través de una acertada sucesión de símiles e imágenes, en un profundo e inmenso “pozo espiritual”, cuya “agua milagrosa (...) ha de inmunizarnos contra la peste materialista” (SR : 119).

El sentimiento y la evocación emocionada del paisaje *castizo* castellano devienen, pues, antídotos eficaces con el objeto de contrarrestar los “calibanescos intereses creados de los hábitos materialistas (...)” (SR : 13), confirmando con ello el paisaje como recinto de reflexión y la prosa ensayística como espacio de debate ideológico y cultural. En nuestro escritor este regreso al terruño, como elemento básico de la soñada España, comportaba la reivindicación del ámbito provinciano del interior argentino. El escritor santafesino opera una transposición de su viaje español al paisaje argentino de las provincias, “(...) al ambiente de aquellas ciudades de provincias, donde, al contrario de Buenos Aires, (...) aún perdura el antiguo espíritu nacional, el sentimiento de la patria [y] la profundidad espiritual de la raza (...)” (SR : 15):

“Aquellos desiertos callejones [de la ciudad de Sigüenza] me recordaban *el barrio de San Francisco en mi Santa Fe argentina o algunas calles de La Rioja* formadas también por largos paredones sobre los que se asoman las copas de los naranjos” (SR : 146; el subrayado es nuestro).

Dicha transposición, que junto a la voluntad de apropiación constituyen dos actos inseparables, incluye la transmisión y asimilación de valores y contenidos culturales y espirituales de la "raza" hispano-latina, a la Argentina de principios de siglo: “Aprovechemos, pues, los dones espirituales que nos hacen nuestros hermanos de Europa. Recojamos los viejos ideales latinos que ellos van perdiendo y adaptémoslos a nuestra vida” (SR : 16).

Gálvez se apropia del paisaje hispánico y lo actualiza para proyectarlo al presente de la «próspera» Argentina del Centenario, estableciendo una clara identidad España/Argentina e instaurando al mismo tiempo nuevas parejas de identificaciones y de oposiciones, entre las que descuellan *España-pobreza / Argentina-riqueza; España-pasado / Argentina-futuro; España-decadencia / Argentina-porvenir; España-cansancio / Argentina-vitalidad*. Ante los ojos entristecidos del viajero Gálvez desfila “(...) toda Sigüenza con su miseria, sus casuchas, su desolación, su grandeza envejecida” (SR : 137). Y si bien el mismo escritor advierte su intención de no querer agudizar dicha contraposición, evitando insistir sobre la prosperidad por él asignada a la ‘joven’ Argentina – “Yo les hablé de mi país sin tratar de humillarles ni exagerar nuestras riquezas” (SR : 138) , no deja de ser significativo el hecho de que, explicitando en el texto precisamente el vocablo ‘riquezas’, el escritor-viajero no hacía más que sancionar como eje de su estrategia discursiva, precisamente, dicho contraste. Y así, si la tierra castellana, “solar de la raza que está formándose en América” (SR : 77-78) se encuentra agobiada por el escepticismo y el pesimismo, los campos argentinos, diversamente, “tan opulentos de vida” (SR : 77), devienen símbolo de una nueva vitalidad y prosperidad que anuncian un próximo y venturoso porvenir (F. Quinziano 1998: 105-107).

La funcionalidad que esta operación esconde esta contraposición *pasado/pobreza-futuro/grandeza*, latente a lo largo de todo el texto, resulta evidente: si por un lado Gálvez divisa en Castilla la imagen de un pueblo cansado que agoniza, por otro, al mismo tiempo, sanciona la Argentina como tierra privilegiada en la que las virtudes de ese mismo pueblo, núcleo de la raza hispano-latina, cobrarán nuevo vigor. Pero la Argentina anhelada, subraya Gálvez, no deja de apoyar sus raíces en la tierra y el paisaje castellanos, ya que es “en las ruinas suntuosas y tristes de la España vieja [que podrán ser hallados...] los raros bienes que faltan a nuestra riqueza ascendente” (SR : 65); determinando de este modo un itinerario de continuidades que vertebran su proyecto regeneracionista y que encuentra en la España tradicional su primordial fuente de legitimación, convencido de que “las tierras de Castilla sugieren al viajero la esperanza de que aquella raza, fuerte, noble y profunda, *en otro clima y otro suelo*, –los de *nuestra admirable Argentina*– hará renacer en el porvenir las viejas glorias de la estirpe” (SR : 86; el subrayado es nuestro).

4. Conclusión

En la obra de Gálvez la herencia española actúa como modelo supremo de idealismo y fuente de espiritualidad; ambos, componentes esenciales hacia la deseada regeneración de la nacionalidad propugnada por el autor. Es por ello que, sostiene el escritor, “sólo la influencia española puede no sernos perjudicial, pues ésta (...) nos ayuda a afirmar nuestra índole americana y argentina” (SR: 18). En este sentido, E. Zuleta opina de modo atinado que “la España de Gálvez era el modelo de un ideal, la forma poética que revestía su sueño de una regeneración espiritual de la Argentina” (1995: 189). En Gálvez lo hispano se erige en instrumento privilegiado de una praxis orientada a promover un proyecto nacionalista que echaba sus raíces en los valores

tradicionales de matriz católica. Sin embargo, como ha precisado Quijada, aunque en aquellos primeros años del novecientos “(...) Gálvez ya predicaba la verdad del catolicismo, (...) la preocupación por la espiritualidad primaba sobre la defensa del dogma” (1985: 83). En dicha perspectiva, consciente de que “entre los nacionalistas hay una seria corriente de simpatía hacia España” (SR : 264), el autor argentino resalta los vínculos de raza, de lengua y cultura que enlazan la América ibérica a España, esbozando un modelo regeneracionista en clave nacionalista y espiritualista.

Gálvez, viajero *espiritual*, contempla y reflexiona sobre el paisaje hispánico y a través de esta mirada descubre su propia identidad, sancionando con ello la operación que encierra la clave de la lectura de su viaje *didáctico* y *patriótico*. Viaje “interior”; recorrido introspectivo, pues, el del novelista argentino, quien, como hemos observado en otra ocasión, plasma una nueva *anagnórisis* que el texto proyecta sobre la tan debatida cuestión de la identidad nacional (F. Quinziano 2000: 273). El viaje en Gálvez se erige en una *misión*, según sus propias palabras en una “obra de evangelización” (SR : 12), que al mismo tiempo revela el claro propósito de legitimación social de la corriente nacionalista e hispanófila de principios de siglo¹⁵. Es indudable que la propuesta del escritor santafesino no puede concebirse desvinculada del ilusorio optimismo que habían despertado las celebraciones del Centenario en el Río de la Plata, en una fase en la que el país, como en ningún otro período de su historia, había creído en sí mismo.

En el cuadro de un proyecto que no esconde su matriz reaccionaria y en cierto modo xenófoba, y en el marco de la íntima identificación *paisaje/patria*, que años antes habían sancionado los poetas noventayochistas, el *sueño eterno* de España trazaba en Gálvez, el perfil de su Argentina soñada. Su ensueño de una España eterna se desplazaba a la ‘opulenta’ y ‘florecente’ Argentina, a través de una operación en clave hegemónica en la que la nación rioplatense, sólidamente enraizada en España, de modo especial en los valores que le suministra la Castilla *castiza*, y heredera de la estirpe hispánica, se instauraba como tierra prometida y nueva raza predestinada.

¹⁵ Consciente de la profunda identificación que el texto ha establecido con muchas de las ideas-fuerza del grupo regeneracionista español (concepto unamuniano de tradición eterna, sentimiento y emoción en la evocación del paisaje, etc.), Gálvez traza una clara autopromoción y legitimación del rol que debía desempeñar la corriente nacionalista de inicios del siglo XX. No debe olvidarse que algunos años antes, el presidente José Figueroa Alcón había subvencionado el viaje-misión a Europa de Ricardo Rojas, otro exponente significativo de la corriente nacionalista hispanófila, con el propósito de estudiar y cotejar los diversos sistemas educativos. La Restauración nacionalista. Informe sobre Educación (1909), texto emblemático de los años del Centenario, es el resultado de ese provechoso viaje. El escritor tucumano-santiagueño aconsejaba en dicho Informe la promoción de viajes de estudios a España como valioso instrumento de definición de la conciencia nacional: cfr. La Restauración nacionalista (1909: 385). Como resultado del viaje que efectuó en 1907, Rojas nos ha dejado también el relato de su recorrido hispánico en Retablo español; el texto, empero, por razones que el mismo autor explica en el estudio preliminar que introduce el texto, fue publicado tan sólo treinta años más tarde, recién en 1938. Sobre el itinerario ibérico de Rojas, véase M. García Blanco (1964: 278, nota 6).

Bibliografía

- Abellán, José Luis (1972): *La idea de América*, Madrid: Istmo.
- Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz (1980): "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos", en *Hispanamérica. Revista de Literatura*, 25-26 (1980); luego incluido en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires: Centro de Estudios de América Latina, 1983.
- Álvarez Gil, Óscar (2004): "Emigraciones de Europa a América en los siglos XIX y XX: el caso de la emigración vasca", en *Cuadernos CANELA*, XVI: 73-105.
- Arlt, Roberto (1971), *Aguafuertes Españolas*, Buenos Aires: Fabril ed.
- Bonatti, Maria (1996): "Martín Fierro : è o no il poema argentino?", en *Scrittori 'contro': modelli in discussione nelle letterature iberiche*, Roma: Bulzoni, 313-318.
- Erausquin, Estela (1999-2000): "Gálvez y los intelectuales del Centenario", en *Río de la Plata* 20-21: 177-189.
- Gálvez Manuel (1910): *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones de la vida argentina*, Buenos Aires: Moen & Hno.
- Gálvez, Manuel (1913). *El solar de la raza*, Buenos Aires: Sociedad Cooperativa Nosotros, 1913. Sigla: *SR*.
- García Blanco, Manuel (1964): "El novelista argentino Manuel Gálvez" en *América y Unamuno*. Madrid: Gredos, 1964, pp. 31-52.
- Gómez de Baquero, Eduardo (Andreino) (1924): "El ensayo y los ensayistas españoles contemporáneos", en *El renacimiento de la novela española en el siglo XX*, Madrid: Mundo Latino.
- Laín Entralgo, Pedro (1967): *La generación del noventa y ocho*, Madrid: Espasa-Calpe, 6ª ed. [1947].
- Olivio Jiménez, José (1987): "El ensayo y la crónica el modernismo", en Luis Iñigo Madrigal (coord.) *Historia de la literatura hispanoamericana. Del neoclacisismo al Modernismo*, Madrid, Cátedra, 1987, II, pp. 537- 548.
- Oszlak, Oscar (1982): *La formación del Estado argentino*, Buenos Aires, Editorial Belgrano.
- Payá, Carlos y Cárdenas, Eduardo (1978): *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires: Peña Lillo ed.
- Pío Baroja (1993): *El árbol de la ciencia*, Madrid: Caro Raggio/Cátedra, 9º ed. [1911]
- Quijada, Mónica (1985): *Manuel Gálvez: 60 años de pensamiento nacionalista*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Quinziano, Franco (1998): "La 'eterna' España de Manuel Gálvez: del ensueño de España a la Argentina soñada", en *Taller. Revista de sociedad, cultura y política* (Buenos Aires) 8: 101-109.
- Quinziano, Franco (2000): "*El solar de la raza* de Manuel Gálvez: tradición hispánica e identidad nacional en la Argentina del Centenario", en A. Albónico y A. Scocozza eds., *La prosa no ficcional en Hispanoamérica y en España entre 1870 y 1914*, Caracas: Monte Ávila ed.- La Casa de Bello, pp. 253-276.
- Quinziano, Franco (2001): "La eterna vejez de España: arquitectura, arte y paisaje en la escritura de Manuel Gálvez", en *Le arti figurative nelle letterature iberiche*, Padua: Unipress, pp. 341-353.
- Quinziano, Franco (2002): "Manuel Gálvez: la Argentina del Centenario y la 'nueva raza latina'", en *Rilce*:18. 1: 87-96.
- Rojas, Ricardo (1909): *La Restauración nacionalista*, Ministerio de Justicia e Instrucción: Buenos Aires.

- Unamuno, Miguel de (1986): *En torno al casticismo [1902]*, ed. de E. Rull, Madrid: Alianza editorial.
- Viñas, David (1964): “La mirada a Europa: del viaje colonial al viaje estético”, en *Literatura argentina y realidad política*, Buenos Aires: Jorge Álvarez ed.
- Zuleta Álvarez, Enrique (1993): “España y el nacionalismo argentino”, en *Cuadernos del Sur* (Bahía Blanca) 23-24: 5-34.
- Zuleta Álvarez, Enrique (1995): “España y la visión histórica de Manuel Gálvez”, en *Investigaciones y Ensayos* (Academia Nacional de la Historia), 45 (enero-diciembre 1995): 185-205.